



Nº 188 (5160) Abn. 2006

VOLODIA TEITELBOIM EN SU 90 CUMPLEAÑOS

"¡Qué alegría cuando vemos que los pueblos despiertan!"

Amiigos, amigos. Puedo escuchar complacido, agradecido, emocionado todo lo estimulante, bueno y generoso que se ha dicho aquí respecto de una persona, de un brillante. Siento el goce de la compañía inestimable, porque los que estamos aquí, todos, absolutamente todos, hemos hecho con modestia, en muchos casos casi sin decir nombres, un pedacito humilde de la historia, un pedacito de historia. Representan el Chile profundo, acorde con los ideales más nobles de la humanidad. En nuestro siglo XX, dentro del cual nosotros nacimos, trabajamos, luchamos, nos esforzamos en los más diversos terrenos del humanismo, siempre procurando ir más allá de nosotros mismos, hacer algo para el bien, para el pueblo excluido, salir de nuestra propia piel, tratar de terminar con el régimen dictatorial, mejorar el país, defender la democracia, la libertad, los derechos humanos. Porque en cierta medida ignorada, silenciada, también somos en parte culpables, sencillos arquitectos del Chile de mañana.

Reconocimiento sin hipocresía, sino auténtico, verídico, justo, merecen todos ustedes. El que habla, temeroso de la autoproclamación, tomaría parte del todo. Hemos sido fieles a nuestros sueños. Ello contribuye a serenar la conciencia, a sentir que no se trata de un solitario perdido en el mundo, de espaldas a la sociedad. En algunos momentos de la historia —que fueron 17 o 20 años— se pretendió que estábamos fuera de la historia. Porque la historia había sido abolida por decreto o bando de la tiranía y la propia vida de millares de chilenos fue inmolada. La vida del pueblo no valía nada para los que asaltaron el poder y poblaron el país de centenarios secretos.

Todos nosotros, niños, jóvenes, personas maduras, vivimos en el siglo XX trozos diamantinos de esa etapa trágica.

Dicha historia de privación de los derechos humanos, ese capítulo pavoroso, inédito en la ciencia terrorífica: de los desaparecidos, de los degollados, de los fusilados, de los lanzados al mar con pesos de plomo en los pies para que no pudieran flotar fue el tramo más inhumano. Las víctimas fueron nuestros amigos, eran nuestras compañeras.

Aquí, al principio, vino a saludarme Ana Recabarren. La familia tenía un peligroso ape-

lido, el apellido era precisamente Recabarren. Su marido, que trabajaba en el diario, en el taller, un obrero, fue sacrificado. Después vino la muerte de sus hijos, de su yerno, de su nuera, que estaba encinta. Toda la familia sucumbió, menos Ana Recabarren, que junto a miles de familiares de detenidos desaparecidos, de torturados, degollados, asesinados, ahogados, se levantó en medio de la noche de la muerte, cuando morir era un peligro a la vuelta de la esquina. Esa gente se puso en el pecho el retrato del ser amado y desaparecido y salió a las calles a protestar cuando gobernaba el horror. El fusil y la muerte tenían licencia para gobernar, o sea, para matar.

Esa, nuestra gente, es una gran familia de las esperanzas comunes, tantas veces tronchadas. Los sobrevivientes recordaremos siempre a los desaparecidos.

Ese holocausto de Chile dejó un millar de cicatrices en el cuerpo y en el alma, más bien heridas abiertas en muchísimos seres. Todas las generaciones nacidas en el siglo XX tienen alguna referencia directa, indirecta, uno o varios parientes entre los sacrificados. Son heridas que no se cierran. Sucedió en una patria donde la Canción Nacional asegura la felicidad: el Edén y que la "tumba será de los

"Qué alegría cuando vemos que los pueblos despiertan!"
[artículo].

Libros y documentos

AUTORÍA

Teitelboim, Volodia, 1916-2008

FECHA DE PUBLICACIÓN

2006

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Qué alegría cuando vemos que los pueblos despiertan!" [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile